

El día que todo cambió

Es un viernes cualquiera, planeas salir a cenar, quizá encontrarte con ese chico que te gusta por la calle, pasear por el paseo marítimo o ir al cine. Algo normal después de una semana en la que has estado ocupada con el trabajo, saliendo pronto de casa para ir al trabajo, y llegas tarde todos los días para compaginar ir al gimnasio e ir a clases. La vida no da para más. Aprovecho los fines de semana para ver a papá, el cual no puedo ver durante la semana. Hay veces que piensa que no tiene hija. Nunca por casa. ¿Qué hará? ¿Dónde estará? Son pocos los momentos que pasamos juntos y eso que vivimos a 300 metros. Cada uno tiene su vida y, supongo que, como padre es duro.

Empieza la temporada y las cosas empiezan a moverse rápido pero nos llegan noticias de un virus que hace daño. No le hacemos mucho caso porque “está lejos”, pero todo llega.

Incomprensiblemente, de ese viernes cualquiera haciendo planes, en el trabajo se empiezan a poner nerviosos, ¿vacaciones? ¿ERTE? y empiezan a restringir la movilidad. Parece una pesadilla. De repente, me despierto y es real. De un día para otro estoy de vacaciones con la sensación de que esto no es un simple virus. Me despierto para ir a trabajar y se me viene el mundo encima. ¿A qué trabajo? Ya no tengo trabajo, ¿Y ahora qué? Respiro hondo. ¿Plan B? No.

Salgo fuera a que me dé el aire y veo a las gallinas esperando el desayuno. En el campo las cosas van a otro ritmo. Las gallinas no entienden de virus ni fechas límite para la entrega de trabajos. Todo parece congelado en el tiempo. ¿Cuánto tiempo había que no miraba como el viento hacía sacudir las hojas de los árboles?

Sin darme cuenta, el oasis estaba delante de mis ojos.

La primera reacción al confinamiento es mantenerme activa, una mente ocupada no tiene tiempo a pensar. Me dedico a ordenar la habitación trastero a consciencia, termino tareas que han estado en lista de espera desde hacía más tiempo del que me gustaría admitir. Cosas sencillas a las cuales nunca había dedicado el suficiente tiempo. La vida se ha convertido en una carrera a 200 km/hora. Sin darnos cuenta, vivimos al borde de un ataque de nervios.

Estar de un día para otro sin esa rutina grabada a fuego me dejó desconcertada, nerviosa y enfadada. ¿Por qué a mí?

Los días van fluyendo y voy perdiendo la concepción de los días. ¿Qué día es hoy? ¿Qué estaría haciendo yo ahora mismo en un día normal? Hay días buenos y hay días malos.

Las gallinas poco a poco se van acostumbrando a mi presencia. ¿Sabrían que antes de todo esto vivía yo allí? Las observo mientras comen y me doy cuenta que hay algo bonito en toda esa situación. Quizá no sea tan malo. Aparece mi padre y planeamos las cosas para hacer durante un par de días. Me doy cuenta que formamos un buen equipo juntos.

Acomplejada de no encajar en un equipo, de ser presionada para lograr objetivos, intentando llegar a tiempo a todo y sin embargo, pierdes lo esencial, ser feliz y disfrutar con lo que haces. ¿Me hace feliz mi trabajo? Sí, pero no me permite probar, equivocarme y volver a empezar. ¿Tendría que ser así? Nunca tengo tiempo para parar a pensarlo.

Al final, todo se resume al tiempo.

Tiempo es lo único que tenemos.

Pasan los días y las noticias no mejoran. Apago la tele y salgo al jardín. Me doy cuenta que no se escuchan aviones ni coches, solo pájaros. Mi hermana me dice que son perdices. ¿Eh? No lo sabía y me entristece pensar que aunque viva en el campo, no reconozco prácticamente nada.

Mi padre me mantiene ocupada con tareas sencillas: ordenar leña, cortar maleza, recoger los huevos de las gallinas, regar el jardín...

Me gusta la sensación de hacer cosas con mi padre, disfrutar de esta pequeña tregua que se nos ha presentado para pasar tiempo juntos. Le veo contento al interesarme por su trabajo. Sin estrés ni fechas límite.

Me da consejos, me enseña lo que hacía cuando tenía mi edad, lo que se hacía para lograr dinero cuando las cosas no eran tan fáciles. Y yo le enseño que más vale maña que fuerza, que aunque sea joven, puedo aportar ideas, otros puntos de vista. Me gusta sentirme útil, pero porque no había descubierto esto antes? Tiempo.

Había entrado en una espiral vertiginosa, en el que pierdes el norte, donde no valoras las cosas, los detalles y los pequeños gestos.

Pero también están los días malos, en los que cuesta salir de la cama, desanimada, agobiada, angustiada ante una situación desconocida, sin ganas de hablar con nadie. Esto no es para siempre, pero, todo lo que tenía planeado para este año no va a poder ser. ¿Entonces cuando? Toca posponerlo todo. Y esperar a algo que no puedes ver.

Sin embargo, ahora lo que nos sobra es tiempo. Tiempo para pensar en todo aquello que hemos ido posponiendo.

¿Soy feliz? Si no es así, entonces toca cambiarlo. ¿Plan B? Estoy trabajando en aquello que me gustaría hacer en cuanto pase esto. Sin darme cuenta, he ideado planes a futuro, ideas que no me esperaba y de las cuales estoy muy orgullosa, retomando el contacto con personas importantes en mi vida pero a las cuales no tenía tiempo para dedicarles debido a la distancia, plantar un árbol o cuidar de mi misma.

El estado de alarma se va prolongando, llevo ya un mes en casa y las expectativas son de estar otro mes más. Al principio parecía una broma y decía eso de que me habían enviado de vacaciones pero ahora ya no. Creo que nunca había deseado con tantas ganas volver al trabajo, madrugar... Raro. ¿Estaré haciéndome mayor?

Tendremos que ir haciéndonos a la idea, que cuando termine el confinamiento, la situación no volverá a ser la misma, tampoco nosotros, pero esto es, visto desde otro punto de vista, una oportunidad para cambiar aquellas cosas que no están bien. Darnos cuenta de aquellas personas que queremos y valorar su compañía, respetar el medioambiente y el daño que es capaz de hacer el ser humano con algo tan rutinario como ir al trabajo en coche. Indirectamente nos hemos dado cuenta que en el estado de hibernación en el que nos encontramos, todo lo anterior no era sano. Esta situación no la hemos pedido nosotros, pero nos ha ayudado a abrir los ojos y ser conscientes de la necesidad de bajar el ritmo, que no siempre es el dinero el que manda.

Miro por la ventana, está lloviendo. ¿Cuánto hacía que no llovía? Nos estamos cargando el planeta y no nos estábamos dando cuenta. Espero que no volvamos con la misma mentalidad, sino todo esto no habrá servido de nada.

Poco a poco me voy acostumbrando a estar en casa, ya no se me hace un lugar tan extraño, ahora empiezo a entender eso que la tierra la trabajas a tu gusto, haces cuando tienes ganas. Tampoco está tan mal, el cielo está más azul y el jardín más verde. Me siento afortunada de la herencia de mis abuelos, tengo un sitio en el que no sentirme encerrada.

Me levanto una mañana, ya sin saber qué día de la semana es, y nos dicen que ya podemos volver a salir a pasear y hacer ejercicio. Las cosas están volviendo a la normalidad, solo que yo me siento distinta, lo que antes pensaba que me llenaba, ahora ya no me llena, pero eso no es malo, solo significa que tengo que volver a buscar ese equilibrio tan necesario.

Las calles se empiezan a llenar poco a poco, la vida vuelve, y todo está más bonito que nunca.

De todas las situaciones, por malas o desafortunadas que sean, tenemos que buscarle el lado positivo o aprendizaje. De todo podemos aprender y, para mí, ha sido una gran oportunidad para saber quien quiero ser de mayor o, al menos, hacia donde tengo que ir.

Pseudónimo: La mujer de verde